

JOSÉ LUIS BLESÁ CUENCA (ED.)

# MESOPOTAMIA DESDE CUBA

Textos cuneiformes  
del Museo Nacional  
de Bellas Artes de Cuba



verbo divino

MESOPOTAMIA  
DESDE CUBA

*Instituto Bíblico y Oriental*



JOSÉ LUIS BLESÁ CUENCA (ed.)

# MESOPOTAMIA DESDE CUBA



*evd*



MUSEO NACIONAL  
DE LAS CULTURAS  
DEL MUNDO

Editorial Verbo Divino  
Avenida de Pamplona, 41  
31200 Estella (Navarra), España  
Teléfono: 948 55 65 11  
www.verbodivino.es  
evd@verbodivino.es

Ilustraciones: Ismael Cuenca González.  
Maquetación: Ramón Castejón García SJD

© Instituto Bíblico y Oriental, 2026

© Editorial Verbo Divino, 2026

Impresión: Gráficas Astarriaga, Abárzuza (Navarra)

Impreso en España – *Printed in Spain*

Depósito legal: NA 322-2026

ISBN: 978-84-1063-243-1

ISBN Ebook: 978-84-1063-244-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 917 021 970 / 932 720 447).

# Agradecimientos

En el corazón de Cuba, en las Salas de Arte de la Antigüedad del Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana, se exhibe una de las mayores colecciones en su género de todo el mundo de habla hispana. Con piezas que van desde la Prehistoria hasta la época de las ciudades caravaneras en los primeros siglos de nuestra era, y con textos que van desde el cuneiforme sumerio y acadio, hasta el arameo palmireno, recorreremos a través de sus salas la historia del antiguo Oriente Próximo. Una historia que, lejos de exótica y lejana, es también la nuestra.

El presente trabajo pretende servir de guía para comprender mejor estas colecciones, retomando los versos de José Martí: «Yo sólo sé de Egipto y de Nigricia, y de Persia y Xenophonte». A través de los antiguos textos, retomamos estas «historias viejas» y las ponemos a disposición del pueblo cubano, y de todos los de habla hispana.

El resultado del presente trabajo ha sido posible gracias al apoyo del Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana. De su director, Jorge Fernández Torres, y de la curaduría de las colecciones de Asia Anterior y Egipto. Tanto de Lilianny Carricarte Peñalver, como de su predecesora, Aymée Chicuri Lastra. Ella ha sido quien, con una determinación y cariño admirables, ha cuidado, investigado y difundido la colección durante años, labor que continúa de manera ejemplar la actual curadora.

Gracias también a Ignacio Cruz Ortega, jefe del Departamento de Comunicación y Publicaciones, por sus contribuciones en la facilitación del material fotográfico, y a Reynier Valdés Piñeiro, generoso impulsor de esta colaboración entre especialistas cubanos, españoles y mexicanos. A todos ellos, y a los colaboradores, se debe todo lo bueno que pueda haber en nuestro trabajo.

MESOPOTAMIA  
DESDE CUBA

*Editor:*

José Luis Blesa Cuenca

*Colaboradores:*

José Antonio Argüello Zavala

Pedro Blanco Rubio

José Antonio Castro Lodeiro

Ernesto Caveda de la Guardia

Jesús García Recio

Silvia Nicolás Alonso

Ana María Pérez Cubillo

José Andrés Sánchez Abarrio

Alfonso Vives Cuesta

# Índice

<b>Capítulo 1. El antiguo Oriente a través de las colecciones del MNBA</b> .....	11
JOSÉ LUIS BLES A CUENCA	
<b>Capítulo 2. Poder y política en Mesopotamia</b> .....	39
JOSÉ LUIS BLES A CUENCA	
<b>Capítulo 3. El trabajo de la tierra</b> .....	55
JOSÉ ANTONIO ARGÜELLO ZAVALA	
<b>Capítulo 4. El cuidado de los animales</b> .....	71
SILVIA NICOLÁS ALONSO	
<b>Capítulo 5. Letras y números</b> .....	87
PEDRO BLANCO RUBIO	
ANA MARÍA PÉREZ CUBILLO	
<b>Capítulo 6. Leyes, saberes médicos y cultura culinaria</b> .....	109
ALFONSO VIVES CUESTA	
SILVIA NICOLÁS ALONSO	
<b>Capítulo 7. La religión</b> .....	125
JOSÉ ANTONIO CASTRO LODEIRO	
JOSÉ ANDRÉS SÁNCHEZ ABARRIO	

<b>Capítulo 8. El relieve funerario de Palmira del Museo Nacional de Bellas Artes. Epitafio y epílogo al antiguo Oriente en la Colección Condes de Lagunillas .....</b>	<b>139</b>
ERNESTO CAVEDA DE LA GUARDIA	
<b>Referencias .....</b>	<b>155</b>
<b>Textos cuneiformes del Museo Nacional de Bellas Artes .....</b>	<b>159</b>
I. Inscripciones Reales.....	159
II. Textos administrativos .....	174
<b>Vocabulario.....</b>	<b>185</b>
<b>Concordancia .....</b>	<b>189</b>
<b>Fotografías.....</b>	<b>191</b>
<b>Mapas.....</b>	<b>216</b>

## Capítulo 1

# El Antiguo Oriente a través de las colecciones del MNBA

*José Luis Blesa Cuenca*

*Museo Nacional de las Culturas del Mundo (México)*

### **LAS PRIMERAS COMUNIDADES CAMPESINAS (6000-4000 A. C.)**

Con un clima cada vez más árido en el Próximo Oriente de inicios del V milenio a. C., algunas de las poblaciones que habían poblado la región célebremente conocida como «Creciente Fértil» —las faldas y la sombra de las montañas que rodean Mesopotamia— emigrarán en busca de mejores zonas que poblar. Estas comunidades habían vivido allí desde hacía varios milenios, proveyéndose de los modestos cultivos de secano y animales que habían aprendido a criar desde entonces.

Se cultivan diversos cereales, como trigo, cebada y centeno, junto con legumbres como las lentejas. Entre los animales, destaca el perro, el primero en ser domesticado como animal de compañía, guardián y cazador, y luego ovejas y cabras —a las que los perros también aprendieron a pastorear y cuidar—, reses y cerdos. Y, en estos siglos, también el burro doméstico se extendía por todo el Oriente desde Egipto.

Desde que se empezó a manipular el barro en estos primeros poblados de los inicios de la historia, se habían realizado figurillas con forma de animales (*Fig. 1*) y de cuerpos de mujer. Su entorno natural y el milagro de la vida eran los temas obsesivamente representados desde los inicios de la historia humana.

De esta manera, y paralelamente a la ocupación del valle del Nilo en Egipto; las poblaciones que ocupaban el piedemonte de los Zagros se fueron progresivamente aventurando en la llanura hasta llegar a los valles del Tigris y del Éufrates. Las riberas de los ríos, antaño un paisaje de marismas y aguas



*Figura 1: Prótome con cabeza de carnero. Colección anterior: Condes de Lagunillas. N<sup>o</sup> inventario 94-159. (© Museo Nacional de Bellas Artes. Cortesía de Aymée Chicuri Lastra).*

estancadas poco propicio para la vida humana, ahora era algo menos amenazador. Por un lado, el clima —más seco— lo favorecía, y por otro, la tecnología neolítica que llevaban milenios practicando las comunidades del piedemonte les permitía ir avanzando a medida que transformaban un paisaje de marismas en otro de tierras roturadas. Los experimentos que habían ido desarrollando para desarrollar el regadío, aumentando así un poco su independencia de las lluvias, podían ser ahora aplicados a estas regiones a una escala mayor.

Los arqueólogos nuevamente agrupan a estas comunidades neolíticas que descienden del piedemonte de los Zagros para ocupar los valles en culturas arqueológicas que reciben el nombre de los primeros asentamientos que se descubrieron. Así, de norte a sur, hablamos de la cultura de Halaf, Hassuna-Samarra y Obeid. Cada una de ellas se fue adaptando al paisaje que colonizaban de acuerdo a las características del mismo y ofreciendo diversas soluciones técnicas y culturales. La cultura de Halaf, por ejemplo, ocupó el curso alto del Tigris y el Éufrates, donde el cauce de los ríos aún no era tan indómito y el clima estacional permitía no ser del todo dependientes del re-

gadío. Los poblados de esta cultura dan muestra de que la cooperación entre sus habitantes cada vez es mayor.

Los rendimientos de la agricultura son mayores conforme se avanza en el valle, y el grano cosechado ya no se consume entre la alimentación y la siguiente cosecha, sino que sobra suficiente para almacenarlo en caso de necesidad futura o para intercambiarlo por otros bienes. El almacenamiento de este grano, fundamentalmente de cultivos de cebada de secano, se hace en graneros comunales de planta circular cerrada en forma de *tholoi*. Lo cual nos habla nuevamente del grado de cooperación social de estas comunidades.

Precisamente en torno a estos primeros graneros y silos neolíticos, es que inició otra curiosa relación del hombre con los animales. Los ratones de campo empezaron a ser visitantes frecuentes de las reservas de grano, hasta el punto de que algunos de ellos se adaptaron a la vida en los entornos humanos.

El ratón doméstico no tardó en extenderse por todo el Oriente. Los gatos salvajes se especializaron en cazar a estos peligrosos visitantes, y los hombres comenzaron a premiarles, dando inicio a una relación que llevaría a la domesticación del gato.

En las Culturas de Hassuna y Samarra, al sureste, bajando el curso de los ríos, las evidencias de cooperación interfamiliar son incluso superiores. El asentamiento más destacado de estas culturas es Tell es Sawwan, un poblado de calles pavimentadas con piedra, y casas de paredes rectas levantadas con adobe. Por vez primera vemos que todos los adobes se hacen con el mismo módulo. El poblado estaba rodeado de un muro con foso.

El trabajo artesanal, aún sin ser del todo especializado, cada vez era más desarrollado. La cerámica era cada vez más fina y de mayor calidad, y decorada con motivos que llamamos geométricos, pero que sin duda hubieron de tener algún significado para nosotros perdido, seguramente relacionado con la naturaleza omnipresente. Así, pronto se empiezan a entrever claramente animales y elementos del paisaje.

El trabajo de la piedra, que era la principal materia prima para hacer útiles y herramientas, también daba muestra de trabajos más precisos. Se fabricaban útiles con lascas cada vez más pequeñas para hacer herramientas especializadas, y para la caza —así como para solucionar de mala manera algún eventual problema con el prójimo— se empleaban arcos y flechas, lanzas y,



*Figura 2: Proyectil de honda. N° inventario 94-604. Colección anterior: Academia de Ciencias de Cuba. (© Museo Nacional de Bellas Artes. Cortesía de Aymée Chicuri Lastra).*

sobre todo, hondas con proyectiles también de piedra, como el de la colección del MNBA. (Fig. 2)

Aunque la densidad de población seguía siendo baja, el aumento de ésta y la expansión del burro doméstico contribuyeron al mayor desarrollo de las comunicaciones, y se empiezan a establecer redes regionales de intercambio que irán relacionando las diversas partes del antiguo Oriente. En estos momentos, la obsidiana de Anatolia y conchas de las costas marinas aparecen abundantemente en estos poblados formando collares y otros elementos de joyería.

El clima seco hacía que las condiciones fueran más difíciles cuanto más lejos de las lluvias de las montañas, lo que llevó a los campesinos de Tell es Sawwan a idear nuevas técnicas de regadío, construyendo los primeros canales.

Otro avance técnico que quizá debamos de situar también en estos momentos es la aparición del arado. El notable incremento de la superficie cultivada por estas comunidades en relación a los poblados parece indicar que la aparición del arado permitió ampliar la superficie trabajada al facilitar el pesado trabajo de la siembra. Pero el arado no es nada sin la fuerza de los bueyes, que encontraron ahora un nuevo trabajo. De ahí el incremento de la presencia de ganado bovino en los poblados del sur, frente a la preeminencia del ovicaprino en los poblados de la Cultura Halaf.

Toda esta experiencia técnica se hará evidente en el curso final de los ríos Tigris y Éufrates, donde a medida que se consigán roturar poco a poco las

riberas, la gran fertilidad de sus suelos permitirán rendimientos mucho mayores en las cosechas. Ahora comienza a ser colonizada Mesopotamia por las poblaciones próximas y aparecen poblados en Eridug, Ur y Obeid.

## **LA APARICIÓN DE LAS PRIMERAS CIUDADES (4000-2900 A.C.)**

Estos asentamientos surgieron originalmente como modestos poblados de cañas y barro situados entre las marismas de la región. Con el tiempo, a medida que las tierras circundantes se drenaron y se consolidaron, estas humildes comunidades evolucionaron hacia grandes poblados construidos en adobe.

Un elemento clave en este proceso de urbanización fue la cooperación entre los habitantes, que se unieron para llevar a cabo obras de canalización y trabajos agrícolas necesarios para la preparación de los suelos y la siembra de grandes cultivos de regadío en el sur de Mesopotamia. Esta colaboración se convirtió en un aspecto fundamental de la sociedad sumeria y permitió la especialización laboral. Algunos habitantes se dedicaron a la producción cerámica en grandes hornos, como en la ciudad de Ur. Aunque la calidad de la cerámica producida en serie era inferior a la artesanal, la división del trabajo y la invención del torno de alfarero permitieron una producción más rápida y uniforme, lo que facilitó la distribución equitativa de los productos entre la población.

La creciente producción agropecuaria y la división del trabajo condujeron a la necesidad de desarrollar sistemas de contabilidad y registro. Las fichas de arcilla utilizadas para representar ganado, grano y otros productos se volvieron insuficientes a medida que la economía se expandía.

En algunos casos, para evitar manipulaciones en los registros, las fichas se guardaban dentro de bolas de arcilla que se marcaban con los símbolos correspondientes. Sin embargo, este sistema se volvió menos práctico a medida que se volvía más complejo, y las fichas comenzaron a dibujarse directamente en la superficie de la arcilla, que se aplanaba para formar tablillas.

Para garantizar la autenticidad de los registros, se utilizaron sellos cilíndricos que dejaban una impresión en negativo en la arcilla. Estas tablillas con escritura eminentemente pictográfica se encontraron por primera vez en el sitio arqueológico de Warka, las ruinas de la ciudad que los sumerios cono-

## Capítulo 2

# Poder y política en Mesopotamia

*José Luis Blesa Cuenca*

*Museo Nacional de las Culturas del Mundo (México)*

Existe la común creencia de que las sociedades del Oriente en la Antigüedad estaban muy jerarquizadas. En el fondo, tras estas ideas están las viejas influencias de la Ilustración francesa. De cuando Montesquieu, al narrar la historia humana, afirmaba que las sociedades orientales eran despóticas. Una idea, en el fondo, basada en el desconocimiento humano y real de aquellos territorios, además de tratarse de una justificación velada del colonialismo, que busca su apoyo bien en la lectura interesada de los clásicos, bien en obras más modernas, popularizadas sobre todo a raíz de las teorías de Karl Wittfogel. Sin embargo, la antropología y el conocimiento real de las sociedades orientales refutan esta creencia.

Los testimonios arqueológicos más antiguos que nos informan acerca de cómo se organizaban estas sociedades nos indican que lo hacían de manera muy similar a como sigue pasando hoy en día en muchas regiones del Próximo Oriente. Las primeras aldeas se organizaban a partir de la familia, en el sentido amplio, donde se respeta la autoridad del cabeza de familia o de personajes reconocidos socialmente por su autoridad, prestigio y sapiencia. La realidad es que habitualmente, al menos cuando empezamos a conocer sus nombres, las fuentes señalan que muchos de ellos eran hombres, si bien conocemos también ejemplos femeninos.

En Oriente, el éxito de los procesos de domesticación con animales y plantas, apoyado por un clima particularmente benigno, había hecho crecer las primeras grandes poblaciones del Neolítico, como Tell es Sultan o Beidha, en el piedemonte levantino, que llegaron a alcanzar unos 300 habitantes. Algunas fueron creciendo hasta alcanzar los 5000, dependiendo del pueblo y la época, como Çatalhöyük, en Anatolia, o Abu Hureyra en el Éufrates sirio.

El aumento de la población hizo necesaria una cada vez mayor coordinación de los habitantes del poblado, que hubieron de ponerse de acuerdo en su convivencia. Arqueológicamente, esto se ve reflejado en cómo durante la construcción de estos poblados se respetaron ciertos patrones urbanísticos, como la disposición de las calles principales y de las plazas centrales, que funcionaban como corrales donde encerrar al ganado por la noche.

La construcción de las casas unas pegadas a las otras para hacer a las veces de murallas de la ciudad, como en el caso de Çatalhöyük, cuando no se levantaban unos primitivos muros, como en Tell es Sultan. Así, estas primeras comunidades aldeanas se protegían de los posibles ataques de otros grupos humanos, pero sobre todo de las incursiones nocturnas de animales salvajes.

Con el cambio de las condiciones climáticas la disminución de las lluvias invitó, y el conocimiento maduro de la tecnología neolítica permitió, trabajar campos más sureños, como los de los valles mesopotámicos. En ellos se continúan observando estas evidencias de cooperación en las comunidades, los cuales incluso aumentan por la necesidad de realizar grandes obras de construcción como eran la creación y mantenimiento de canales como el que se atestigua en Tell es Sawwan a finales del V milenio a. C., donde observamos un poblado rodeado con un muro y un foso externo, y con calles pavimentadas, y casas de paredes rectas levantadas con adobe. Los cuales, por cierto, estaban hechos todos con el mismo módulo, lo que nos da una idea del grado de consenso y cooperación entre las familias.

Éste no fue un proceso rápido, sino que requirió varios miles de años y que se observa en diversos asentamientos más meridionales. Ya no en el curso medio del Tigris, donde Tell es Sawwan y otros poblados de la llamada cultura de Hassuna-Samarra, sino en el extremo sur mesopotámico. De estos poblados destacan ahora ejemplos como los de Tell el Oueili y Tell el Obeid, excavado por primera vez hace un siglo, así como también Tell Abu Shahrain, el poblado que más de mil años después aparecerá en los textos sumerios como Eridug, y el de Tell el Muqayyar, que corresponderá con la sumeria Ur, entre otros.

En estas poblaciones, levantadas sobre colinas que destacaban sobre el valle inundado de los ríos, la vida era muy similar a la de los llamados «árabes de las marismas». Las tribus árabes que habitan actualmente la desembocadura del Tigris y el Éufrates, poblando las islas de la desembocadura

## Capítulo 3

# El trabajo de la tierra

*José Antonio Argüello Zavala*  
*Universidad Nacional Autónoma de México*

### INTRODUCCIÓN

Se ha dicho dentro de los esquemas de la Historia Universal que las culturas agrícolas son las más esplendorosas, puesto que son las que irradian de civilización al resto de las poblaciones. Por otra parte, la historiografía del siglo pasado nos ha narrado la imagen de un despotismo oriental, que por medio del control de las aguas crearon una sociedad basada en la explotación de los recursos hídricos y agrícolas; esquemas que poca relación tienen con la realidad histórica que aparece en las fuentes.

Este tipo de paradigmas se han arrastrado constantemente, y siguen siendo utilizados para explicar el surgimiento de las sociedades complejas como sucede en las áreas andinas y mesoamericanas. No obstante, el pasado oriental debe ser analizado bajo su propio ritmo y sus propias condiciones.

El hombre al ser arrojado a los peligros del entorno tuvo que buscar la forma de subsistir; transformar aquellas tierras áridas en verdaderas islas repletas de vida mediante el crecimiento de cereales y productos básicos. El agua y la tierra se convirtieron en las principales preocupaciones de las ciudades mesopotámicas; al grado de alterar el paisaje natural a causa de una continua explotación. Como escribía José Martí «la tierra es la gran madre de la fortuna (y) labrarla es ir derechamente a ella».

Los textos reunidos en este capítulo nos ofrecen una selección rica en periodos históricos que me permitieron la realización de una narrativa cronológica que tiene como punto central la explotación del entorno. Cada época tiene sus particularidades y serán explicadas en la medida que sea po-

sible, puesto que los textos, como toda evidencia histórica presenta sus limitantes. Aunque tengo que mencionarle al lector, que mi intención es insertar cada pasaje en un escenario global que es el de la agricultura en la antigua Mesopotamia.

## **EL ENTORNO GEOGRÁFICO**

La historia de la agricultura mesopotámica no puede ser comprendida sin una adecuada explicación de su entorno geográfico. Las tierras del Oriente Próximo cuentan con una gran diversidad de paisajes y ecosistemas que cambian abruptamente a las pocas distancias. Cada región posee sus propias características: relieve, niveles de precipitación, temperaturas y vegetación.

Si nos localizamos en un mapa del Iraq moderno, podemos ubicar al norte las montañas del Kurdistán, y la meseta asiria. Al oeste se encuentran las estepas y los desiertos; mientras que al este se levantan los Zagros. El sur se caracteriza por ser una llanura aluvial, que delimita con las marismas y los pantanos. La llanura iraquí es una porción de tierra con poca pendiente, delimitada por el cauce de sus dos grandes ríos: al occidente el Éufrates y al oriente el Tigris.

El clima mesopotámico es caluroso y seco; durante el invierno hay un descenso de la temperatura que coincide con las primeras precipitaciones; aunque en el sur, los niveles de lluvia suelen ser más bajos que en el norte. El agua fue una de las mayores preocupaciones de los habitantes de Mesopotamia, sin ella, esta zona se convertiría en un valle árido y con poca vida.

Dependiendo de la región, la agricultura se ajustó a las distintas condiciones del entorno. En la zona septentrional, las lluvias invernales son más abundantes; por lo que, es posible realizar una agricultura de secano o de temporal. Mientras que en el sur hay algunas diferencias regionales: las ciudades más marginales como Ur, Lagás y Uruk colindaban con las marismas. Más al norte, en el centro de las llanuras aluviales se levantaron las ciudades de Nippur, Kis, Adab, Sippar, Ummá y Babilonia. Las zonas australes presentan condiciones más adversas por sus altos niveles freáticos y sus pocas precipitaciones. Además, los suelos llegan a ser duros y compactos, situación que dificultaba la filtración de las aguas superficiales, provocando encharcamientos y la salinización de éstos.

## **LA AGRICULTURA EN LAS PRIMERAS CIUDADES SUMERIAS**

Los procesos históricos del Oriente se caracterizan por su larga duración que se remontan al inicio de los primeros asentamientos urbanos. Las innovaciones agrícolas aparecen con la revolución urbana como el sistema de arada, la irrigación y la dependencia de ciertos cereales, sobre todo, de cebada. Las primeras comunidades sedentarias en Mesopotamia subsistieron con una economía agro-pastoral en aldeas dispersas. Se trata de un sistema económico más equitativo y que poco a poco fue reemplazado por asentamientos de mayores dimensiones —aunque a lo largo de toda la historia oriental van a prevalecer las aldeas en el extenso mundo rural, además de sociedades nómadas, en continua interacción con ellas—.

A nivel operativo, en la segunda mitad del III milenio a. C. las comunidades se fueron organizando en un sistema comarcal, en torno a una capital en la que reside el poder político y religioso. En las ciudades también vivieron los artesanos y los trabajadores especializados; lo que provocó una paulatina migración de las zonas rurales a las capitales. Los Estados demandaban constante mano de obra para planificar las redes de canales y las tierras de cultivo, que son la base de la naciente urbanización; sobre todo en la dependencia de cereales como la escanda, el trigo y, por supuesto, la cebada. Las clases más bajas, es decir, los productores primarios se convierten en la base de la pirámide social mesopotámica.

El campo mesopotámico no se limitaba a los cereales, que, si bien eran la base de la dieta y el sistema de intercambio sumerio, compartían el espacio con una notable diversidad de especies frutales: manzanas, higos, uvas, almendras y granadas, junto con las palmeras datileras, no solo enriquecían la alimentación, sino también la economía local. En los huertos, además de estas frutas, prosperaban cucurbitáceas como pepinos, así como nabos, ajos y cebollas, que aportaban variedad a la cocina mesopotámica. Estos ingredientes se complementaban con especias y hierbas como coriandro, comino, menta y asafétida, dando lugar a una gastronomía rica y sofisticada. Aunque las fuentes textuales y arqueológicas han revelado mucho sobre esta diversidad, aún queda un amplio margen para descubrir más sobre los cultivos y productos que definieron la agricultura y la dieta mesopotámica a lo largo de sus cuatro milenios de historia.

Esta riqueza agrícola se organizaba en un sistema de cultivos que variaba según el tipo de propiedad: las parcelas familiares y las de los templos y pala-

## Capítulo 4

# El cuidado de los animales

*Silvia Nicolás Alonso*  
*Instituto Bíblico y Oriental*

### INTRODUCCIÓN

Situada en las áreas de confluencia entre Eurasia y África, Mesopotamia gozaba antiguamente de una biodiversidad mucho mayor, ya que aquí podían encontrarse animales de origen africano, como el león, el guepardo o el avestruz, junto a otros de origen euroasiático, como el oso, el ciervo o el lobo, a los que debemos sumar los agriotipos, o ancestros salvajes, de las principales especies ganaderas: el muflón asiático (*Ovis orientalis musimon*), la cabra bezoar (*Capra aegagrus aegagrus*), el uro (*Bos primigenius primigenius*) y el jabalí (*Sus scrofa*). Esta región del extremo oriental del Creciente Fértil proporciona un entorno privilegiado para el estudio de los orígenes de la cría ganadera, ya que fue en las zonas montañosas adyacentes donde se ubicaron los primeros centros de domesticación de estas especies.

Verdaderamente, Mesopotamia desempeñó un papel decisivo en la recepción y transmisión de un nuevo modo de vida basado, no ya en la caza y recolección, sino en la producción agrícola-ganadera, clave en la posterior planificación y desarrollo de comunidades cada vez más grandes y estables. El proceso de neolitización supuso la puesta en práctica de métodos y tecnologías de subsistencia transformadoras del hombre y de su entorno que se extenderían por gran parte de Eurasia. Estos cambios estuvieron asociados a un modo de explotación diversificado que incluía, además de los productos primarios que se obtenían del sacrificio de los animales, como carne, cuero o huesos, los denominados productos secundarios, es decir, aquellos que podían obtenerse de manera regular durante toda la vida del animal, como leche, pelo/lana, fuerza tractora o estiércol.

La ganadería, junto con la agricultura, constituyó el principal sostén de la economía mesopotámica, con lo que no es de extrañar que los primeros trazos en escritura pictográfica del IV milenio a. C. incluyeran representaciones de estas especies. Los signos cuneiformes, base del sistema de escritura, evolucionaron a partir de estos pictogramas en Sumeria, la región más meridional de Mesopotamia. Con el tiempo, el sistema de escritura fue capaz de sustentar ideas más complejas que llevaron a los animales a protagonizar composiciones más elaboradas, tanto en el arte como en la literatura, denotando un interés más allá de puramente mercantil. Estos testimonios nos ayudan a comprender el origen de las especies ganaderas, profundizando en la apasionante historia de su domesticación.

Los sumerios poseían un amplio conocimiento sobre el cuidado y manejo de los animales de producción, a los que seleccionaban cuidadosamente fomentando la cría de las estirpes más productivas o adecuadas a su propósito. Debido a la escasez de estudios zooarqueológicos y a que el estado de conservación de los restos hallados hasta la fecha no permite una distinción más allá de la especie, no resulta fácil conocer el aspecto que tenían las antiguas razas mesopotámicas, ya extintas. Las fuentes artísticas y, especialmente, las textuales, proporcionan una idea de cómo podrían haber sido.

## **SISTEMA MESOPOTÁMICO DE CLASIFICACIÓN ZOOLOGICA**

Los textos de diferente naturaleza permiten analizar el sistema de clasificación natural mesopotámico. Un tipo de documento muy utilizado en Mesopotamia, y en todo Oriente, desde los inicios de la escritura, es el de las listas léxicas, glosarios con finalidad didáctica para los futuros escribas. Para facilitar el aprendizaje, las palabras se ordenaban en columnas por orden de similitud en su escritura (gráficas) o en su pronunciación (fonéticas). Con el incremento de la presencia semita en el III milenio, estas listas crecieron al añadirse una columna más en acadio, creando así vocabularios bilingües. De esta forma, la lengua sumeria no desapareció, sino que se conservó en los ámbitos sagrados, ceremoniales y «científicos».

Una de las fuentes más importantes de este tipo es el conjunto de tablillas de la serie **ur<sub>5</sub>-ra** = *Hubullu*. Se conocen 24 tablillas que recogen léxico sobre todo tipo de temas, las tablillas 13 a 15 enumeran diferentes especies animales.

La clasificación zoológica sumeria se basa en la observación de características animales y su registro mediante un sistema de nomenclatura convenido que consta de varios niveles de organización. En el caso de los animales salvajes, el determinativo o nombre primario no indica una especie concreta, sino un grupo con características comunes. Algunos de los grupos más relevantes son: «**mušen**» (*iššūrum*) que comprende aves y otras criaturas voladoras, «**ur**» (*kalbum*) grupo de depredadores mamíferos, «**muš**» (*šerrum*) serpientes y lagartos similares y «**ku**» (*nūnum*) peces y otras criaturas que viven la mayor parte del tiempo en el agua. A continuación, el nombre secundario hace referencia a características morfológicas o etológicas de la especie en cuestión, tales como tamaño, color de la capa, rasgos anatómicos peculiares o hábitat. Sin embargo, debido al hallazgo aislado de muchos de estos términos y a que, como se observa, las categorías son muy amplias e imprecisas desde el punto de vista de la taxonomía moderna con la que no siempre se corresponden, muchas de las especies que se esconden tras estas grafías aún no se han podido identificar.

En el caso de los animales domésticos, debido al interés económico que suscitaban tanto ellos como sus productos, era necesaria una clasificación mucho más detallada. Así, las especies se designaban directamente con términos concretos: «**udu**» (*immerum*) y «**maš**» (*bīrum*; *urīšum*) designaban a la oveja y a la cabra respectivamente; «**áb**» (*arḫum*) y «**gud**» (*alpum*) designan a la vaca y al toro/buey; «**anše**» (*imērum*) a los animales de transporte, principalmente équidos como el onagro o hemión y los caballos que se introdujeron tardíamente desde la estepa pónica ya domesticados. Por último, «**šah**» (*šahūm*) se utilizaba para los suidos, como el jabalí. Los nombres secundarios hacían referencia a características morfológicas y de interés productivo tales como sexo o estatus reproductivo, edad, color de la capa y aptitud o finalidad, entre otros. El nivel requerido era tan preciso que fue necesario utilizar listas de grados de calidad donde se tenían en cuenta, por ejemplo, el tipo y calidad de la lana (ovinos), los tipos de ovejas de cola grasa (un linaje muy apreciado), el grado de engrasamiento (bovinos) y el tipo y nivel de entrenamiento (bovinos y equinos).

Además de las listas léxicas, otros textos que amplían en gran medida nuestros conocimientos sobre zootecnia mesopotámica, son los administrativos. Distribuidas en colecciones de todo el mundo, decenas de miles de tablillas atestiguan la actividad de grandes centros administrativos controlados por el Estado, particularmente, los archivos de la III Dinastía de Ur son

su aparición al final de un largo recorrido de milenios que arranca a comienzos del Neolítico en el seno de las aldeas agrícolas donde aquellos campesinos aprendieron a llevar una contabilidad elemental de sus productos por medio de unas sencillas fichas de barro (cálculos de formas geométricas).

### EL PROCESO GRADUAL QUE LLEVÓ A LA ESCRITURA

Pocos momentos tan estelares se han dado en la humanidad desde la aparición del Neolítico como los ocurridos a finales del IV milenio a. C. en la zona sur de Mesopotamia. Allí nacieron las ciudades, con arquitecturas monumentales grandiosas como el Templo (*é-diĝir* o «la casa del dios») y el Palacio (*é-gal* o la «gran casa»), reconocibles desde la lejanía y destacadas entre un caserío cercado por una imponente muralla.

A su alrededor se dispersaban alquerías y aldeas de labriegos y pastores que cultivaban campos de cereal regados por una red de canales y acequias. Por los márgenes pacían rebaños de ovejas y cabras. Funcionarios puntillosos, dirigidos por un capataz especializado, llevaban el registro fiel del número de los animales, de sus entregas para los sacrificios, de sus crías y de sus movimientos de un campo a otro según se sucedían las estaciones del año. Los signos que marcaban con un pequeño estilete de caña sobre tabletas de barro tierno evocaban cantidades junto a objetos, cereales, animales, edificios, tiempos (días, meses, años), dioses y personas.

Esos signos eran dibujos esquemáticos. Podían, por ejemplo, sugerir una espiga para representar a la cebada o un cántaro para aludir a la cerveza. Otros eran convencionales, como el círculo con una cruz en medio que representaba a la oveja. Llamamos pictogramas a esos dibujos-signos que servían para recordar una operación mercantil, un préstamo, una entrega al templo o un tributo al rey. Y no surgieron de repente. Antes de los pictogramas existieron otros recordatorios inventados por los agricultores y ganaderos de las primeras etapas del neolítico: los *calculi* o pequeñas cuentas de barro con formas geométricas (esferas, cubos, prismas, discos...) a las que dieron el significado de cosas y animales. Estos rudimentarios sistemas de recordatorios se extendieron por todo el Oriente Próximo y evolucionaron: primero los *calculi* se encerraron en ampollas huecas de barro (*bullae*) en cuya superficie estos mismos *calculi* se hollaban al lado de la marca impresa del sello del propietario. Después la *bullae* hueca fue sustituida por una tablilla de forma rectangular en cuya superficie se marcaba, cuando aún la arcilla

estaba tierna, lo que en un tiempo futuro había que recordar o atestiguar con pictogramas dibujados con un punzón. Conviene destacar la importancia de la aparición del sello, que con su huella da fe de la autenticidad de la operación.

Los sumerios recogieron un legado anterior que les ha llegado en un proceso gradual que arranca con un sistema de *calculi* tridimensionales que representan cosas y se ha ido perfeccionando y enriqueciendo hasta crear una protoescritura a base de pictogramas.

Hacia finales del IV milenio, en el seno de la ciudad recién inventada, los sumerios ingenian un sistema cuya originalidad estriba en que los signos no representan cosas sino palabras. Es lo que llamamos un sistema verdadero de escritura.

### **MARCO GEOGRÁFICO. SUMER Y ACAD Y EL EJE SUR-NORTE.**

Nos es de gran ayuda situar el nacimiento, desarrollo y expansión de la escritura en el marco en el que nace: entre Bagdad y el Golfo Pérsico, en el momento en el que la ciudad recién creada había alcanzado una gran complejidad política y social (instituciones y trabajo planificado, etc.) en el seno de una cultura que era el resultado de dos grupos que convivían: los sumerios y los acadios.

Los semitas acadios preveleían en la parte norte que en el tercer milenio se llamó «el país de Acad». Hablaban una lengua semítica que convencionalmente llamamos acadio. Los sumerios predominaban en la zona sur cercana al mar que con el tiempo se llamó Sumer y donde surgieron junto a Uruk, las ciudades de Eridug, Ur, Larsá, Lagás...

En realidad, sumerios y acadios no son identificables con criterios étnicos: constituyen grupos que hablan idiomas diferentes: los sumerios, una lengua de tipo aglutinante y de tendencia monosilábica y los acadios una lengua semítica de la misma familia del árabe y hebreo.

En el III milenio a. C. ambos, sumerios y acadios, estaban fusionados culturalmente. Vivían dentro de una cultura urbana, la primera cultura urbana de la historia de la humanidad. El centro de ella era la ciudad edificada en torno a la casa de un dios protector (*é-dígir* o «casa de dios») y del palacio (*é-gal* o «casa grande») donde residía el soberano elegido por el dios.

La escritura inventada por los sumerios pasa a los acadios y con el impulso de la monarquía se expande por todo el Oriente Próximo. El eje geográfico inicial norte-sur que incluye Sumer y Acad se amplía a lo largo de los siglos hasta las tierras altas, donde nacen los grandes ríos Éufrates y Tigris, bajo los imperios babilonio (sur) y asirio (norte). En ambos se hablan dialectos derivados del acadio: el babilonio y el asirio. En todo el Oriente Próximo se usará la escritura cuneiforme en lengua acadia como vehículo de la diplomacia.

### EL SUMERIO: LA «LENGUA NOBLE»

Una característica de la escritura sumeria radica en que un mismo signo o ideograma cuneiforme puede representar distintas palabras. Por ejemplo, el signo de la estrella puede leerse como **mul** («estrella»), como **an** («cielo») y como **diĝir** («dios»). Para la mente sumeria las *estrellas*, el *cielo* y los *dioses* están tan unidos entre sí que un mismo signo gráfico, el ideograma de la estrella, les representa.

Para representar ideas abstractas, nombres propios y nombres extranjeros los sumerios recurrieron a usar los ideogramas tomando solamente su valor fonético, es decir, su sonido. Por ejemplo, representaban la palabra «vida» con el ideograma de la palabra «flecha» porque ambas se pronunciaban del mismo modo (**ti**). Este recurso lo van a tomar los acadios para poder expresar su lengua usando los ideogramas sumerios.

La escritura inventada por los sumerios tuvo la virtud de trasladarse a otras lenguas, primero al acadio y luego al hitita, al hurrita, al elamita y algunas más, habladas en el antiguo Oriente. La cuneiforme fue la escritura más usada durante tres mil años. Si nos referimos a su difusión y cultivo hemos de reconocer que la escritura cuneiforme tuvo más éxito que la egipcia, restringida a la tierra de los faraones.

Solamente el avance de la escritura alfabética, mucho más sencilla y eficaz, hizo que fuera perdiendo terreno, quedara arrinconada en lo que fue su cuna mesopotámica (Asiria y Babilonia) y finalmente desapareciera hacia mediados del primer siglo de nuestra era. Ha permanecido sepultada hasta que arqueólogos y filólogos la han ido rescatando del olvido.

¿Cómo se produjo el éxito del cuneiforme, cómo fue posible que la escritura de una lengua tan singular como el sumerio pasara a vehicular idiomas tan distintos como el semita acadio o el indoeuropeo hitita? Fue posible

## Capítulo 6

# Leyes, saberes médicos y cultura culinaria

*Alfonso Vives Cuesta*

*Silvia Nicolás Alonso*

*Instituto Bíblico y Oriental*

### EL DERECHO MESOPOTÁMICO

#### LAS FUENTES DEL DERECHO MESOPOTÁMICO

Desde sus orígenes, la legislación en la antigua Mesopotamia se concibió como una realidad emanada del ámbito divino. Los prólogos de las grandes codificaciones legales, como el *Código de Ur-nammá*, el de *Lipit-Istar* y especialmente el *Código de Hammu-rabi*, comienzan apelando sistemáticamente a la justicia divina y a la legitimación teocrática del mandato conferido al gobernante. Así, la promulgación de leyes no era un mero ejercicio político, sino una continuación del orden establecido por el panteón mesopotámico, que entregaba al rey la misión de «establecer la justicia» (*níg-si-sá* en sumerio; *mīšarum* en acadio) entre los hombres.

En el prólogo del Código de Ur-nammá (2112-2095 a. C.) puede leerse: «Ur-nammá, poderoso guerrero, rey de Ur, con la fuerza de Nanná, estableció la justicia en el país» (*níg-si-sá kalam-ma hu-mu-ni-gar*). De forma análoga, Lipit-Istar se presenta como «el pastor que escucha, llamado por el dios lunar Nanná, para establecer la justicia en Sumer y Acad por orden del dios En-lil», dejando claro que la realeza es un cargo sagrado y que cada norma es reflejo de una voluntad superior.

El célebre *Código de Hammu-rabi* (CH) sigue esta línea: «Los grandes dioses Anu y En-lil me han llamado, a mí, Hammu-rabi, príncipe devoto que venera a los dioses, para proclamar la justicia en el país, destruir el mal y la maldad, y que el fuerte no oprima al débil». Así se configura la ley como descendente del plano divino al humano, instituyendo la equidad (*kittum*) como fundamento de la vida social y del derecho.

*una oración de vida*» (CT XXIII 24). La colaboración entre ambos es común, especialmente en casos complejos como el tratamiento de cataratas: «*Si los ojos están cubiertos por una espesa sombra y persiste después del tratamiento del asûm, prepararás cuatro plantas...*» (AMT 2, 7). La dimensión espiritual se evidencia en el papel del *āsîpum*, que busca restablecer la armonía con los dioses, mientras el *asûm* atiende principalmente las patologías físicas que afectan al cuerpo, mostrando una práctica médica integral que combina ciencia empírica y ritual performativo para sanar al hombre en su totalidad, reconociendo su naturaleza dual como criatura terrenal y divina.

### LOS SANATORIOS: EL TEMPLO COMO ESPACIO DE CURACIÓN

Los sanatorios, centrados en los templos de la diosa Gulá, conocida como Nin-tinuga o Nin-isina, son instituciones clave para el cuidado de los enfermos, combinando funciones médicas, religiosas y caritativas. El templo de Gulá, apodado «*la gran sanadora (azugallatu)*», ofrecía tratamientos, albergaba a enfermos y era un centro de saber médico, como proclama un himno: «*Soy médico, puedo curar. Traigo medicinas, expulso la enfermedad*». Los restos arqueológicos revelan casos de anemias, tuberculosis, escoliosis y enfermedades reumáticas, evidenciando una atención a diversas patologías. La institución *arua* (**a-ru-a**), desde la época acadia, acogía a marginados como viudas, huérfanos, lisiados y ciegos, mostrando una función social inclusiva que reflejaba el deber de cuidar a los vulnerables. La dimensión espiritual predomina en estos auténticos valetudinarios, ya que los templos eran lugares de oración, exorcismos y consultas oraculares realizadas por el sacerdote experto *barû* para discernir el origen divino de las enfermedades. Los exvotos, como figuras y ofrendas, testimonian curaciones y refuerzan esta conexión sagrada, haciendo de la sanación un acto de fe que vincula al enfermo con la presencia divina en el corazón del templo.

### LOS ENFERMOS: SUFRIMIENTO Y BÚSQUEDA DE SENTIDO

La experiencia de los enfermos abarca desde la notificación de la enfermedad hasta el diálogo con lo divino en casos de patologías incurables para la ciencia médica contemporánea, reflejando una relación íntima entre el sufrimiento y la trascendencia. Las enfermedades se ocultaban para evitar preocupaciones familiares, pero los seres cercanos asumían responsabilidades, como en el

caso de una esposa leprosa que debía ser mantenida: «*Ella permanecerá en la casa que han fundado*» (CH § 148).

Los enfermos interpretaban sus males como señales divinas, buscando su causa última en los dioses. Por ejemplo, Satam-kiyazi atribuye su enfermedad a «*la mano de Istar-radana*» y planea un sacrificio para reconciliarse con la diosa, mostrando una fe activa en la intervención divina. La enfermedad se asociaba frecuentemente con el pecado, consciente o no, como en una oración penitencial: «*No sé la falta que he cometido... Mi dios misericordioso, vuélvete hacia mí*». Este texto refleja la angustia de sentirse abandonado por lo divino y la súplica por restaurar el vínculo roto.

Cartas oracionales como la de Sin-iddinam a Nin-Isiná («*Sólo tú puedes sanar mi enfermedad*»), donde el rey describe su mal como una niebla invisible al médico y al exorcista, o el diálogo de un enfermo («*Grita como un pollino separado de su burra*»), ilustran una relación doliente y esperanzada con lo divino, marcada por lamentos, ruegos y promesas de devoción. La dimensión espiritual domina esta experiencia, ya que el sufrimiento impulsa al enfermo a buscar no solo la curación física, sino también la presencia de Dios, cuya ausencia se percibe como la raíz última del mal.

Esta interconexión entre lo físico y lo espiritual destaca la profundidad de una cultura que veía en la enfermedad una oportunidad magnífica para reafirmar su vínculo con lo divino, haciendo de la medicina no solo una práctica técnica, sino un acto de trascendencia que abarca la totalidad del ser humano, desde la debilidad constitutiva de su cuerpo de arcilla hasta su espíritu impregnado de divinidad trascendente.

## LA COCINA MESOPOTÁMICA

El arte culinario como resultado cultural del instinto primario de supervivencia ordena actividades humanas que adquieren rango de instituciones antropológicas. El análisis del comportamiento del hombre mesopotámico ante estas instituciones permite comprender el modo en que dichos hábitos de supervivencia generan un orden social y una cultura, así como el modo en que el hombre se representa a sí mismo en dicho orden.

Dada la centralidad antropológica que tiene la alimentación, el estudio de las fuentes textuales y arqueológicas sobre la gastronomía en las diversas culturas de la Antigüedad ha servido para esclarecer aspectos sobre su vida

dad incontestable, y los emblemas que le eran propios. La imagen entraba en peregrinación en la capilla que estaba preparada para ella en el templo. Y desde este momento el personal religioso debía atender a todas sus necesidades. Ejemplos de estos registros de ofrendas, los tenemos en textos como el texto 8 del MNBA.

### EL DIOS PERSONAL

La religiosidad personal se expresaba en Mesopotamia con la relación de carácter personal con un dios que acompañaba al devoto a lo largo de toda su vida. El dios personal, en sumerio **diĝir saĝ**, *il rēši* en acadio, es decir, «el dios de la cabeza», era una divinidad de carácter secundario pero fundamental dentro del ámbito familiar. El dios personal era quien intercedía en las adversidades ante los grandes dioses. Tener éxito y fortuna se decía «tener un dios». Un dicho afirmaba que su presencia en la vida del hombre era lo más importante: «Tu ayuda no es tu riqueza, sino el dios (personal). Seas pequeño o grande, el dios (personal) es tu ayuda». Este dios personal no era escogido por la persona, sino que pertenecía a la tradición familiar. Su devoción pasaba de una a otra generación.

Las invocaciones apelaban a su cercanía, mostraban la confianza en su presencia. El dios personal era protector, cuidaba de su protegido, procuraba su bienestar, mantenía su «buen nombre», es decir, su estatus social. La onomástica es quizás la mejor expresión de esta piedad popular. En unos casos el nombre expresaba la relación familiar entre ambos: «dios es mi padre», «mi dios me ha dado (al niño)», «la señora es mi madre», «mi padre es (el dios) Tispak», «(el dios) Sin es su padre», «el dios es creador», «mi madre es mi palacio», «dios ha creado (al niño)», «mi dios es como (mi) hermano». En otros casos, el nombre era un auténtico lamento: «¿Cuándo, dios mío?», «¡Estoy agotado, dios mío!», «¿Cuál es mi pecado?», «¡Ya basta, oh Dios!». También era una petición de que el dios personal impartiera justicia y fuera benevolente: «Juzga mi caso, ¡dios mío!», «Misericordia, ¡dios mío!».

No faltaba la llamada a la acción de gracias: «Honra a tu dios», «Alaba a tu dios», «Ensalza a tu dios». Y siempre estaba el recuerdo de llevar una conducta piadosa: «Confía en dios», «Ama a tu dios».

Cuando el hombre pecaba rompiendo la relación personal con su dios, advenían todos los contratiempos, enfermedades y calamidades. En tal situa-

ción se debía rezar directamente al dios ofendido con el fin de calmarlo: «Yo te invoqué, dios mío, estuve ante ti, te busqué, dios mío, me arrodillé ante ti. Acepta mi plegaria, desata mi atadura, libérame de mi maldición, arranca la retribución de mi mal, aleja mi adversidad, aparta de mi cuerpo enfermedad, pecados conocidos y desconocidos». Las oraciones buscaban sanar la relación: «Que mi dios esté a mi derecha, que mi diosa esté a mi izquierda, que mi dios protector esté siempre a mi lado». Un ejemplo de esta relación con el dios personal lo vemos en el texto 1 del MNBA (col. II, ll. 11-12).

## LOS TEMPLOS

### LA CASA DEL DIOS

El término general para templo era *é* en sumerio y *bītum* en acadio, cuyo significado es el de «casa», el mismo empleado para la residencia de los hombres. Las divinidades tenían por tanto su casa en la tierra (véanse como ejemplo las ll. 7 de los textos 2 y 4 del MNBA). Este término no sólo indicaba el gran edificio cultural, sino que incluía las capillas o *cellas* en las que habitaban las imágenes culturales dentro del gran complejo arquitectónico. Muy pronto los numerosos templos esparcidos por toda Mesopotamia se registraron en listas o catálogos organizados en una columna doble, a la izquierda el nombre oficial y a la derecha su interpretación, o nombre popular. Los testimonios de estas listas, muchos de ellos del primer milenio a. C. se redactaron en época casita, como la *Lista canónica de templos*, en el siglo XIV a. C. y la recopilación *Tintir*, la fuente más importante para la topografía de Babilonia, en el siglo XII a. C.. Estos sumarios no eran un revoltijo de nombres, sino que —siempre según sus razonamientos— tenían un orden y una lógica, siguiendo los principios que habían organizado las listas de nombres divinos. Los catálogos de templos dan una idea del gran tejido religioso del país y cómo los templos, auténticos centros de peregrinación, se encontraban por doquier.

Los templos estaban situados dentro de la ciudad y por lo general en lugares altos. Su posición elevada tenía un gran sentido simbólico pues eran el vínculo que unía los tres planos —celeste, terrestre e inferior— del cosmos. Por este motivo los templos eran considerados como excelsas montañas. El rey, que había sido escogido en el corazón de la divinidad, tenía la obligación de ocuparse de todo lo necesario para el buen funcionamiento del templo: el mantenimiento puntual de la casa, la provisión de ofrendas para los dioses y el personal religioso, el cuidado de las imágenes culturales... en resumen, todo

## Capítulo 8

# El relieve funerario de Palmira del Museo Nacional de Bellas Artes. Epitafio y epílogo al antiguo Oriente en la Colección Condes de Lagunillas

*Ernesto Caveda de la Guardia*

*Centro Educativo Español de La Habana (CEEH)*

Pocas ciudades del antiguo Oriente han dejado dentro del imaginario cultural universal, un halo perdurable en cuanto a opulencia y exotismo como lo ha hecho la antigua ciudad-oasis de Palmira<sup>1</sup>. Quizás su posición geográfica sugestiva, que ofrecía al visitante un panorama en extremo contrastante —tierras fértiles, alimentadas por un manantial azufrado, en medio del inhóspito desierto sirio—, sumada al convulso episodio de la revuelta contra Roma bajo el gobierno de la reina Zenobia, contribuyeron a crear esa imagen idílica de prosperidad, soberanía y orgullo que todavía hoy envuelve al sitio.

Las primeras menciones sobre la ciudad responden a variantes de su nombre autóctono: «Tadmor» (palm. תדמור, תדמור, *tadmor*)<sup>2</sup>, procedente de la raíz semítica *tmr* que significa «palmera», o más específicamente: «palmera datilera» (*Phoenix dactylifera*)<sup>3</sup>; y se encuentran en registros cuneiformes tanto indirectos como explícitos, a partir del siglo XIX a. C, hallados en Asia Menor y los archivos de Mari.

<sup>1</sup> Parte de la introducción de la presente entrada constituye una versión corregida y aumentada de una ponencia presentada en el V CIJIMA y publicada por el Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía (CEPOAT) como Caveda, E. (2024). «Consideraciones prosopográficas sobre los epitafios de los relieves funerarios palmirenos PAT 0647 (La Habana) y PAT 0649 (San Petersburgo).» En Un paseo por la Historia Antigua. Actas del CIJIMA V, editado por José Javier Martínez García, Javier Gómez Marín, Josué Natanael Lorente Vidal, y Violet Noor Moreno Gallar, 177-98. Murcia: Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía. <https://www.um.es/cepoat/publicaciones/un-paseo-por-la-historia-antigua-actas-del-v-congreso-internacional-de-jovenes-investigadores-del-mundo-antiguo-cijima-v/>.

<sup>2</sup> M. Gawlikowski presentó, en 1974, la propuesta de un hipotético dialecto semítico local («tadmor») que explicaría el origen del topónimo del oasis (la «d» anómala añadida a la raíz *tmr*) así como la vocalización de la deidad principal del panteón de Tadmor, Bol, en lugar de Baal (Gawlikowski, 1974).

<sup>3</sup> Así, en hebreo «tāmār», árabe «tamr», Siríaco «temartā», mandeo «tumarta», etíope «tamr».

Existe una famosa mención del sitio en los anales del rey asirio Tiglat-Pileser I (1115-1077 a. C.): «... Tadmor en la tierra de Amurru...», en la que se alude a una campaña contra los pueblos arameos (*Ahlamū Aramayē*), dentro de los cuales los tadmóreos estaban incluidos (Gawlikowski, 2021: 16).

La ciudad-oasis también aparece en la Biblia Hebrea como Tadmor, a saber, en dos ocasiones (1 Re 9:18 y 2 Cr 8:4).<sup>4</sup> Resulta interesante que, a pesar de la brevedad de las menciones, en el registro bíblico se contempla a la ciudad como un lugar estratégico y fronterizo, y se hace alusión explícita y distintiva a su ubicación remota en el desierto.

Por su parte, los primeros testimonios de la historiografía latina sobre Palmira coinciden con un período de auge económico y monumentalización de su núcleo urbano, que surgió como resultado del proceso de integración de la sociedad palmirena<sup>5</sup> al cosmopolitismo griego, las redes comerciales de la época helenística y, más tarde (aunque de forma parcial) a la *pax romana*.

Dichos registros subrayan la riqueza e independencia comercial de la ciudad, además de las ventajas de su posición geográfica como punto (y puente) fronterizo entre los dos imperios más importantes de su contexto:

«Palmira, ciudad notable por su emplazamiento, por las riquezas de su suelo y por sus agradables aguas, tiene sus campos rodeados por desiertos de arena en un dilatado contorno y, como aislada por la naturaleza del resto de la tierra, se encuentra por una suerte particular en medio de los dos imperios más poderosos, el de los romanos y el de los partos, siendo siempre la principal preocupación para ambos en tiempo de conflictos» (Plinio el Viejo, 1998: 231).

<sup>4</sup> Existe debate sobre si estas menciones constituyen auténticas referencias al sitio. El primer pasaje (1 Reyes 9:18), parece referir a «Tamar» (heb. תמר), un asentamiento menor dentro del territorio desértico de Judá («el desierto de la tierra»). El segundo (2 Crónicas 8:4), aunque parece ser dependiente del primero, refiere al sitio como «Tadmor» (heb. תדמור) y lo ubica en el desierto sirio.

<sup>5</sup> No existe un gentilicio asentado en idioma español para los habitantes de la antigua Palmira, pero se registran indistintamente «palmireno», «palmirano» y «palmirense». En el presente trabajo se emplea «palmireno», por encontrar usos similares del término en la literatura académica en español sobre los relieves funerarios de la antigua Palmira (véase Corzo, R. [2016]). Un retrato funerario de Palmira en el Museo de Bellas Artes de Bilbao. Boletín Museo de Bellas Artes de Bilbao, n.º 10, 13-33).

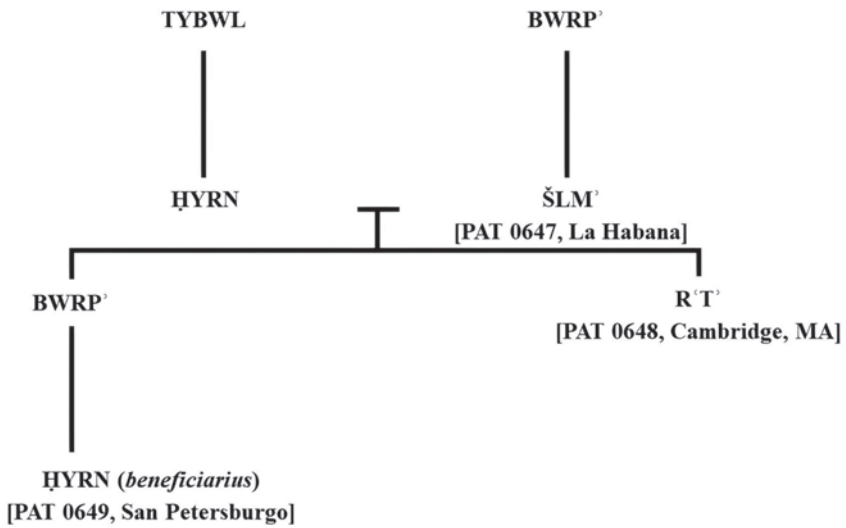


Figura 4. Reconstrucción del árbol genealógico de la Familia Taibbol – Borrefa'.  
© E. Caveda.



Figura 5. El relieve palmireno de La Habana en el Archivo Ingholt. Fuente:  
Adaptado de Raja, R. (2021). *Ingholt Archive: Numbered PS Sheets [PS 750].*  
*figshare.* <https://doi.org/10.6084/m9.figshare.14980284.v1>. Licencia CC BY 4.0.

# Fotografías

1

94-596



3

94-607



94-613



94-599

